

ofreció con gallardo arranque a interesarse en la expedición y aventurar en ella parte de sus bienes, la mitad de lo que habían dado los monarcas. El buscó y preparó buenas embarcaciones y puso mesa, según el lenguaje de la época, para alistar marineros, ofreciéndose como fianza a los que quisieran hacer el viaje, y anunciando que él iría también. Esto bastaba para que acudiera la mejor gente de la costa y todos los preparativos se efectuasen con rapidez».

Por fin pudo Colón hacerse a la mar con un puñado de valientes, la bandera de Castilla en el tope de la *Santa María*, una escasa provisión de víveres en la cala, mucha fe y mucha determinación en el alma. Tras él iban Martín Alonso, Capitán de la *Pinta* y Vicente Pinzón, Capitán de la *Niña*. La nave almiranta llevaba de piloto a Sancho Ruiz (probable ascendiente del que escribe) y de principal al cartógrafo Juan de la Cosa. ¡Toda una aventura! Tres cáscaras de nuez que pudo el océano haberse tragado en un golpe de viento. Pero Dios velaba sobre el mar y aquietó sus olas para que las carabelas navegaran tranquilas y Colón pudiera hacer su hallazgo maravilloso. La navegación fué en efecto de lo más serena, casi me atrevería a decir aburrida, si no fuera porque la marinería iba entretenida lo mismo que en el soneto del poeta Heredia, contemplando las constelaciones inéditas del cielo occidental.

Excuso decir a ustedes que en mi clase de Historia se contaban las cosas de otro modo. Según mi maestro había habido días de tremenda tempestad, a extremo de que la tripulación medrosa y angustiada por el peligro, amotinóse contra Colón y le exigió volver la proa a España si dentro de tres días no tocaban tierra.

Otra leyenda! Otra patraña!, exclama don Vicente. «Tenemos el relato del primer viaje escrito por el mismo Almirante, su diario de navegación, que no puede ser más monótono. Viento favorable, buena mar, indicios de tierra, maderas que flotan, pájaros que cantan en los mástiles de las carabelas como anunciando la proximidad de costas invisibles. Pero esto era un fondo poco interesante para la figura del héroe, y muchos años después de su muerte, ciertos historiadores ganosos de dar emoción trágica a sus relatos, inventaron lo de la sublevación de las tripulaciones que, asustadas, querían retroceder, y la amenaza al Almirante de echarlo al agua si no descubría tierra en el plazo de tres días. Y Pinzón juega en todo el papel de un traidor cauteloso que fomenta los miedos ridículos de una marinería ocostumbrada a navegaciones más azarosas... En el relato de su viaje, el Almirante, que

era de carácter receloso y muy dado a ver traiciones y asechanzas en todas partes, no dice una palabra de intentos de revuelta, y varias veces durante la navegación aproxima su nave a la de Martín Alonso, le llama, entablan amistosa plática desde el puente y se envían con una cuerda la famosa carta de Toscanelli para esclarecer sus dudas. Colón era de mayores conocimientos científicos que su consocio el marino de Palos, pero reconocía en éste más pericia en el arte de navegar, en el manejo de los buques y de los hombres. Hubo efectivamente un plazo de tres días, mas este plazo no se lo dieron al Almirante sus marineros, sino que fué él quien se lo concedió a Pinzón, que solicitaba cambiar de rumbo».

La providencia dispuso las cosas del mejor modo y la mañana del doce reveló a los ojos asombrados de Rodrigo de Triana las costas de una isla. El grito de contento y de sorpresa que lanzó aquel buen muchacho andaluz se oyó en toda la tierra, tanto o más que el disparo del *minute man* de Concord siglos después, y todavía resuena en los corredores del tiempo. La cosa no era para menos. ¡Tierra! tierra, al fin de una peregrinación tan larga, a bordo de aquellas malditas carabelas, sin nin-

gún comfort, con pésimo servicio de mesa, malos camarotes y toda suerte de inconveniencias, barquitos lerdos y chicos, apenas buenos para andar a lo largo de las costas, pero nunca para aquellas andanzas trasatlánticas. El mismo viaje de los Puritanos del *Mayflower*, comparado con el de las tres carabelas, podría pasar por una excursión de placer en un vapor de la Cunard Line, pues, a juzgar por el número de personas que aquí se reclaman descendientes de los *Pilgrim Fathers*, aquel buque debió ser de bastante capacidad.

Colón desembarcó ese mismo día en Guananí sin ninguna dificultad. Parece ser que los nativos de aquel país no tenían leyes de inmigración tan estrictas como las que existen ahora, y si acaso las tenían, la cuota correspondiente a España no estaba todavía agotada.

Así fué como—de creer a sabios historiadores—descubrió Colón a América, con la providencia de Dios y la ayuda de España, y así fué como América descubrió a Europa en la persona de Colón, lo que, según Monsieur Clemenceau, es todavía más importante.

MARIO SANCHO

Easton, 1923.

Dietario en Zig-Zag

Hoja fija sobre las hojas revueltas

NOTAS, apuntes, sensaciones, recuerdos, ideas, reminiscencias, sugerencias, deseos, glosas, simplezas, ironías, trazos, evocaciones, caricaturas, anécdotas, pretextos, disparates, ensueños, comentarios, latigazos, aportes, loas, subrayados, cauterios, fantasías, horas, atisbos, epigramas, madrigales, sátiras, ensayos, todo va revuelto en nuestro Dietario.

Parece que al arribar con él a las cuatro esquinas de un cruce de calles, una ráfaga nos hubiera arrebatado las hojas de la mano. Y que revueltas, confundidas, desorbitadas, las hojas, a capricho, hubieran vuelto a amontonarse formando un distinto Dietario.

No son hojas dadas al viento, las nuestras. Son hojas que el viento nos robó.

Por eso ha de ser más difícil guiarse entre su laberinto complicado.

Duda

FUIMOS nosotros, al hablar de nuestro arte, o fué Semarendranath Gupta,

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

al hablar del arte hindú, los que dijimos:

«La representación de la apariencia de los objetos en arte no es ni la reproducción, ni la imitación de lo que el artista ve: es una noble interpretación de lo que siente. La característica del arte puro es la expresión del pensamiento y no la exposición de la forma. La precisión del dibujo, la verdad de las proporciones y la construcción no bastan para dar valor a una obra de arte. La libertad de concepción, la originalidad del pensamiento y el sentido sutil de la expresión sugestiva son sus cualidades intrínsecas».

¿Fueron tus manos las que nos precisaron estos pensamientos, o se los precisaron a Semarendranath Gupta las manos de la mujer de los frescos de Ajanta?

Al ver de nuevo a don Ramon del Valle-Inclan

CUANDO aún no le había salido la barba negra, escribió *Aromas de Leyenda*, las *Sonatas* y *Flor de Santidad*.

Cuando le hubo salido la barba negra escribió: *Voces de Gesta*, *Romance de Lobos*, *Aguila de Blasón*, *La Marquesa Rosalinda* y los *Episodios de la Guerra Carlista*.